

El método McCourt

“Como profesor había aprendido a ser natural y honesto”

María Carmenza Hoyos Londoño*

Recibido mayo 6 de 2010, aprobado mayo 18 de 2010

Resumen

El irlandés Frank McCourt inició tardíamente su carrera como escritor, publicó a los 66 años de edad *Las cenizas de Ángela*. Después de este *best seller* llevado a la pantalla grande, daría a conocer el original relato *Ajá, sí lo es*, y como cierre de su trilogía, publicaría *El profesor*, libro de memorias de sus 30 años de docencia en escuelas secundarias de la ciudad de Nueva York. Con un humor que le es característico, McCourt narra cómo logró hacerse valer dentro del aula de clases, mientras desarrollaba un método no convencional en la enseñanza de la lengua y la literatura que tuvo gran acogida en sus estudiantes.

Palabras clave: Método no convencional, literatura, historias, clases, escuela, profesor, estudiante.

Abstract

Irish Frank McCourt belatedly began his career as a writer, he published *Angela's ashes* when he was 66 years old. After this best-selling was led to the big screen, he released the original story *'Tis, a memoire*, and the closing of his trilogía, he published *Teacher Man*, a book of memoirs of his 30 years teaching in secondary schools in the city New York. With a humor so characteristic of him, McCourt tells how he managed to be enforced within the classroom, while developing an unconventional method of teaching language and literature that was well received in their students.

Keywords: Non-conventional method, literature, stories, lessons, school, teacher, student.

* Candidata a Magíster en Educación, Universidad Pontificia Bolivariana. Especialista en Literatura y Producción textual e Hipertextual, U.P.B. Licenciada en Español y Literatura, U.de.A. Docente Universitaria. Correo: carmenzahoyos31@hotmail.com

1. Reseña

Frank McCourt se dio a conocer como escritor con *Las cenizas de Ángela*, libro de memorias traducido a treinta idiomas, vendido como *best seller*, que además le adjudicó un premio *Pulitzer* en 1997. Después de este éxito publicó la segunda parte de su trilogía, denominada *¡Ajá!, sí lo es*. La primera obra cuenta la infancia del autor; la segunda, describe la realización de su sueño americano, pues detalla los acontecimientos desde la partida de Limerick hasta la llegada a Nueva York en donde ingresa por un decreto especial para soldados a la universidad y se titula como profesor de inglés y literatura universal.

El cierre de la trilogía lo constituye *El profesor*, memorias en las que relata las peripecias y desconsuelos de sus 30 años de enseñanza en instituciones públicas de la ciudad de Nueva York. Podría decirse que mientras desarrollaba una voz propia como profesor y se hacía valer en el aula de clases a través de las historias sobre su vida, creó un método poco convencional en la enseñanza de la lengua y la literatura que tuvo gran impacto en sus estudiantes.

Es posible que la lectura de *El profesor* le interese, básicamente, a quienes estén relacionados con la enseñanza y particularmente, con la clase de lengua y literatura en la básica secundaria. Pero de cualquier modo, la lectura de estas memorias más que lúdica, podría suscitar una discusión sobre la condición del maestro de secundaria, cuya misión es enseñar lengua y literatura a las generaciones de jóvenes que no quieren leer, que sólo desean escaparse del aula de clases, o aprender del mundo algo que no necesariamente provenga de los libros y las novelas.

Esta reseña se concentrará en *El profesor* porque entrevé un método sobre la enseñanza de la lengua y la literatura. Además, porque es un relato evocador de toda serie de recuerdos, risas y ocurrencias que le pertenecen al maestro de secundaria, que debe enseñar a partir de los lineamientos curriculares, impartir su saber particular y controlar a los chicos que tiene a su cargo. En general los profesores intentan ganarse la

confianza de sus estudiantes, pues nadie sale bien librado de una batalla con ellos en donde la complicidad no se haya dado de algún modo; y justamente, las primeras experiencias de clase de McCourt apuntaban a ganarse el respeto y el control de los jóvenes y adolescentes de la Escuela Secundaria Vocacional y Técnica McKee del distrito de Staten Island, Nueva York. Sus clases se hallaban supervisadas por el director quien frente a las ocurrencias de McCourt, como aquella en la que se comió el sándwich frente a sus estudiantes, por citar algún ejemplo, le pide que se concentre más en su enseñanza del inglés. McCourt escribe “*Mea culpa*. En lugar de enseñar, contaba historias. Cualquier cosa con tal de mantenerlos tranquilos en sus asientos” (Mccourt, 2006, p. 32).

Mientras tanto, en la cafetería los profesores veteranos le advertían:

Esos bribonzuelos son diabólicos. No son, grábatelo en la cabeza, tus amigos naturales. Huelen si estás por enseñar algo de verdad, gramática o lo que sea, y te cortan el paso antes de que lo intentes... Se darán cuenta si estás pensando en gramática u ortografía, levantarán sus manitos y pondrán cara de interés para preguntarte qué juegos jugabas de chico o quién te gusta para el maldito campeonato de béisbol. Oh, sí. Y tú caerás (2006, p. 33).

Es sabido que para mantener el control de los jóvenes de secundaria, las historias funcionan, sobre sexo, amor, infancia, noviazgo etc.; incluso aquellas que están en los libros, siempre y cuando sean contadas por los maestros y no leídas por ellos. Harán lo que sea para desorientarlos en la enseñanza de los clásicos, la gramática, la sintaxis o demás normatividades de la lengua. McCourt lo sabía, pero su infancia lo salvó y tuvo que pagar el precio.

Muchos profesores han recurrido a la narración de las novelas que leen, a las de la vida cotidiana, la historia del amigo de un amigo, aquella crónica que le contaron o que vio en las noticias, como el gancho para capturar la atención de sus estudiantes durante las clases; siempre esperando que la próxima historia la busquen a través de su

lectura espontánea o del texto sugerido, incluso añoran que surja de la asimilación de los libros propuestos por el PEI institucional. Pero esto ocurre contadas veces porque sólo hay dos o tres chicos, los juiciosos del curso, que leen el texto y hasta les piden opinión a los padres; los demás compran el libro para dejarlo en el estante, le solicitan el resumen a un amigo o se conforman con el argumento que ofrecen Wikipedia o El rincón del vago. Pero la misión del profesor es enseñar lengua y literatura, y mientras la cumple, debe explorar en su estilo y en la forma conveniente de hacerlo, teniendo en cuenta las particulares de la escuela donde enseña.

McCourt dialoga consigo mismo: “Estás contando historias y se supone que enseñes. Estoy enseñando, contar historias es enseñar. Contar historias es perder el tiempo. No lo puedo evitar, no soy bueno para dictar clase. Eres un fraude. Estás estafando a nuestros niños. Ellos no parecen opinar así. Los pobres chicos no saben” (2006, p. 40).

Los estudiantes comúnmente quedan satisfechos con las historias como ejercicio de aula, pero no así padres y coordinadores. McCourt tuvo que visitar varias veces la oficina del director que le pedía replantear sus clases “históricas”, pero mientras tanto: “...Eh, señor profe, ¿tiene más historias? No, no, no. Te la pasas diciendo que no, no, no. Suficiente. Basta de historias. Esto es una clase de inglés. Los padres se están quejando” (2006, p. 53).

Desde este punto, en páginas posteriores, McCourt continúa fabulando sobre su infancia, sobre Irlanda, su familia, una mujer que conoció en la universidad, un profesor que se hizo su rival, etc. Para crearse una idea sobre su estilo pedagógico, podemos recordar el día en que presentó la entrevista para graduarse: el jurado le pidió que leyera un poema, después que hablara de su estructura métrica, luego que adivinara el autor y finalmente que describiera la forma como lo enseñaría. La respuesta, que a primera vista parece jocosa, vislumbra su concepción sobre la enseñanza de la literatura; Frank responde:

— Bueno...creo que...creo que...en parte es sobre el suicidio y que Santayana está harto, y hablaría de James Dean porque los adolescentes lo admiran, de que es probable que inconscientemente se haya suicidado en su motocicleta, y les llevaría el soliloquio suicida de Hamlet, “ser o no ser”, y los haría hablar de sus propias opiniones acerca del suicidio, si es que tienen alguna”. Uno de los jurados le pregunta qué haría para apuntalar y a McCourt se le ocurre: les diría que escribieran una nota suicida de ciento cincuenta palabras —solté—. Sería una buena manera de alentarlos a pensar en la vida, porque Samuel Johnson dijo que la perspectiva de ser colgado en la horca funciona de maravillas para afilar la mente (2006, p. 67-68).

Uno de los jurados explotó de ira y le pidió que se marchara, mientras le decía que no le hablaría de eso a mentes tiernas. ¿Quién juzga una idea como ésta? ¿Los estudiantes? ¿Las directivas? ¿Los padres? ¿Es válida como propuesta siempre y cuando se produzca texto con ella o incite a la lectura y la reflexión? ¿Hay temas vetados para el curso de lengua y literatura? ¿El buen profesor sólo enseña ciertos temas? Éstos podrían ser los interrogantes que nos formulemos para identificar un buen método de enseñanza de la lengua y la literatura; pero no se trata aquí de cuestionar el de McCourt, porque el propósito es simplemente darlo a conocer.

Continúan las historias autobiográficas, esta vez referentes a los muelles de Manhattan, Hoboken y Brooklyn. Una vez, en la jornada de escuela abierta la madre de uno de los chicos le dijo a McCourt:

Le pregunto a mi hijo qué aprendió en el colegio y me viene con cuentos de Irlanda y de su llegada a Nueva York. Cuentos, cuentos, cuentos. ¿Sabe lo que es usted? Un fraude, un maldito fraude. Y lo digo con las mejores intenciones, trato de colaborar. Yo quería ser buen profesor. Quería la aprobación que solamente obtendría si mandaba a mis alumnos a su casa llenos de ortografía, vocabulario y todo lo que condujera a una vida mejor pero, *mea culpa*, no sabía cómo hacerlo (2006, p. 95).

Abrirse paso en el aula es difícil faena, ganarse la confianza de los estudiantes, controlar la disciplina, enseñar, calificar rigurosamente sin herir susceptibilidades, simpatizar con padres y directores; todo ello mientras el profesor conserva su identidad y desarrolla un estilo de enseñanza que le permita articular la propia pasión con los contenidos obligatorios, complaciendo a los demás miembros de la comunidad educativa y de paso, a sí mismo. En palabras de Frank: “Sólo trato de abrirme paso. Me preguntan sobre mi vida y les respondo, porque cuando trato de enseñar inglés, no me escuchan. Se ponen a mirar por la ventana. Dormitan. Mordisquean sus sándwiches. Piden permiso para salir... Le dije a la madre de Paulie que esperaba, algún día, ser un gran profesor, demostrar seguridad en el salón de clase. Mientras tanto, sólo podía seguir intentándolo” (2006, p. 96).

Mientras secaba sus lágrimas, la madre le respondió que lo que hacía estaba mal, que esos chicos no necesitaban historias de Irlanda, le pidió literalmente “quédese con la ortografía y las palabras, señor Mccurd, y los padres de esta escuela se lo agradecerán eternamente, olvídense de las historias. Si queremos historias en casa tenemos una guía de TV y el *Reader's Digest*” (2006, p. 97).

Manipulado por su conciencia y bajo las recomendaciones de los maestros veteranos, McCourt volvía a empezar de cero pensando en la elaboración de un plan de clase que no les diera ni un minuto de tiempo libre a esos chicos. Decidido a enseñar inglés, escribió en el pizarrón “*John fue a la tienda*” y preguntó cuál es el sujeto. Como era de esperarse, protestaron ante la gramática. Para metaforizar la clase, recordemos a *El Chavo del ocho*, que muestra cómo el profesor Jirafales es interrumpido una y otra vez con las sandeces del *Chavo*, La Chilindrina, Quiko, Ñoño, entre otros. De igual forma ocurrió en la clase de McCourt, tuvo que sentarse en el escritorio y después de algunos minutos de paciencia preguntó: ¿por qué *John fue a la tienda*? De nuevo rezongaron diciendo: “*eso no tiene nada que ver con la gramática*”. Para salir del paso, uno de ellos inventó una historia en

la que *John iba a la tienda* porque tenía una novia que sería secretaria y le regalaría el libro de gramática, entre otros detalles. La clase desternilló de risa mientras *el estudiante crítico* dijo que esa era una gran estupidez. Es posible que los chicos no fueran conscientes de que lo que hacían era crear historias a través de una frase. Al día siguiente uno de ellos le pide al profesor que *jueguen un poco con esas palabras*, como lo hicieron con la frase de John. El chico desordena la oración: “*a la tienda John fue*”, “*fue John a la tienda*”. El profesor advierte que hay que tener cuidado con el orden para no convertir la frase en un galimatías. Las palabras raras les gustan a los chicos, dice McCourt, por eso introdujo después otras, como *psicología* y mientras estaban atentos logró terminar su clase. Al final concluyó:

Los profesores de inglés dicen que si puedes enseñar gramática en una escuela vocacional, puedes enseñar cualquier cosa en cualquier parte. Mis alumnos me escuchaban. Participaban. No sabían que les estaba enseñando gramática. Tal vez pensaban que sólo inventábamos historias de John en Sing Sing, pero al salir del aula me miraban de una forma diferente. Si enseñar pudiera ser así todos los días, podría seguir hasta los ochenta años. Con canas, un poco inclinado, pero no lo subestimen. Pregúntenle algo sobre la estructura de la oración y se enderezará para contarles cómo, allá a mediados del siglo XX, juntó psicología con gramática (2006, p.104).

Las excusas que presentan los estudiantes por no haber asistido a clases el día anterior o no llevar la tarea, le permitieron a Frank desarrollar una actividad de escritura. Una nota, que claramente era falsificada, se sumó a las muchas que tenía en su escritorio. McCourt subrayó: “¿No es notable —pensé— cómo se resisten a cualquier tipo de tarea escrita, tanto aquí como en sus casas? Gimen y dicen que están ocupados y que es muy difícil escribir doscientas palabras sobre cualquier tema. Pero cuando escriben estas justificaciones, son brillantes. ¿Por qué? Tengo un cajón lleno de notas de justificación que podrían formar parte de

una antología de grandes justificaciones estadounidenses o grandes mentiras estadounidenses” (2006, p. 107).

Un día tomó las notas y las entregó a sus estudiantes para que las leyeran. En ellas habían historias como “se prendió fuego a la cocina, se tapó el retrete, la cartera donde estaba la tarea fue arrancada por la puerta del tren, el perro se comió mi tarea, el bebé orinó la composición” etc. Claramente eran excusas falsificadas, porque las notas verdaderas escritas por los padres son aburridas. Las leyeron en clase y luego... “Produjeron una rapsodia de excusas que iban desde una epidemia familiar de diarrea hasta un camión de dieciséis ruedas chocando contra una casa, pasando por un caso grave de intoxicación por culpa de la cafetería de la Escuela Mckee. Decían: Más, más. ¿Podemos hacer más?” (2006, p. 109).

Como en un destello de luz, Frank les solicita que hagan *tarea* y se da cuenta que la palabra causa de inmediato un efecto negativo. Pide que escriban una nota de justificación de Adán a Dios o de Eva a Dios. Sus estudiantes volaron sobre el papel y dice: “Sonó el timbre, y por primera vez en mis tres años y medio de docencia vi a los alumnos tan concentrados que otros amigos tuvieron que venir a llamarlos para ir a almorzar” (2006, p. 110).

Hubo notas de justificación de Adán y Eva y de Dios y Lucifer, de Hitler y Eva Braun, Julius y Ethel Rosenberg, Judas, Atila el huno, Al Capone, etc. La clase fue observada por el director y el superintendente. El segundo le pidió a McCourt que al finalizar pasara por su escritorio y contrario a lo que se esperaba, celebró su actividad con la palabra “sobresaliente”. Como dato simpático le aclaró que muchos de sus estudiantes serían abogados y que una nota de justificación sobre criminales como Al Capone podía resultar riesgosa.

Dice Frankie que los profesores universitarios dictan cuatro o cinco clases semanales, mientras el docente de secundaria, veinticinco. McCourt tenía 30 años y aún no había hecho su doctorado. Bajo estas

dos ideas y motivado además por su esposa Alberta, decide ingresar en un círculo literario que tiene por centro a un petulante escritor y profesor universitario de sesenta años, que permanece lleno de adoradores y que cree tener la razón a la hora de elegir los autores que hay que leer. La experiencia termina siendo desagradable para Frank, pues sale avergonzado de una tertulia literaria y sentenciando que “el dolor del que habla el escritor y profesor universitario, sentido frente a la página en blanco, no se compara con el sufrimiento del maestro de secundaria”.

La segunda parte de *El profesor* se llama “*El burro sobre el cardo*”. En ella, McCourt ejerce el oficio a nivel universitario; pero podría decirse que la experiencia no resulta sustancialmente diferente de la primera etapa de la que hemos hablado: *Es largo el camino a la pedagogía*. Su recorrido por la Universidad Comunitaria de Nueva York, en Brooklyn, con alumnos adultos que trabajan en tiendas, fábricas o oficinas, lo aleja del eterno problema de la disciplina, pero, paradójicamente, lo reencuentra con inconvenientes similares a los de la vida escolar, como por ejemplo, “*Disculpe, profesor ¿qué son pros y contras?*” (2006, p. 146), o al exhortarlos a que no tienen que tragarse todo lo que les dice, se miran entre sí y comentan: “El tipo habla raro. Nos dice que no tenemos que creerle. Oiga, vinimos a aprender inglés, pa’ poder aprobar. Nos tenemos que graduar” (2006, p. 148). Para la gente de aquellos cursos la vida ya era lo suficientemente dura sin tener un profesor de inglés que los fastidiara con sus preguntas. Los trabajos de investigación resultaron siendo un verdadero plagio, hablarles era hablarse a sí mismo, dice Frank. Fatigado, después de un año de universidad, decide volver a la secundaria, pero esta vez ingresa a la Escuela de la Industria de la Moda en donde es contratado porque hay escasez de profesores. Al final del semestre lo despiden, por el inconveniente con Héctor, su alumno problema, al que le pega con la revista de inglés en la cara porque se niega a abrirla para trabajar en clase.

En la Escuela Seward Park, llena de chicos de todos los continentes, McCourt se enfrentó con el que él llamaría el mayor desafío de toda su carrera docente. Uno de sus cursos constaba de 29 niñas negras y dos chicos puertorriqueños. En síntesis, el grupo presentaba todos los conflictos juntos: de género, generacional, cultural y racial. Las niñas lo ignoraban por completo. Una vez, frente a la queja de que en esa clase no se hacía nada, decidió llevarles una grabadora para que escucharan cómo hablaban. Una de ellas contó que habían arrestado a su hermana. Cuando el profesor convocaba a otras para hablar, surgió *la inconforme* que se quejaba de que en otros cursos iban a cine; McCourt se dejó convencer; terminó en una terrible salida pedagógica, en la que las niñas negras no respetaron los tenderos, la entrada al metro, no tenían dinero para el cine porque ya lo habían gastado en golosinas, hablaron y gritaron en el teatro, criticaron la película de “*blancuchos*”, e irónicamente, decidieron quedarse para verla de nuevo.

Como un inocente masoquista, decide darles otra oportunidad, pero esta vez a ver la obra teatral *Hamlet* de William Shakespeare. Les preguntan a dónde van y dicen que irán a ver la historia de una mujer que se casa con el hermano de su marido muerto. Cuando en la obra apareció el fantasma, lloriquearon y gritaron. En la clase siguiente discutieron el papel de Ofelia. También ese día una chica envió una carta que hace sentir a McCourt como si fuera cien veces año nuevo y 4 de julio. En ella, Serena se despide de él prometiéndole que va a terminar la secundaria y va a ir a la universidad para enseñarles a niños pequeños. Literalmente aclara: “*No niños grandes como nosotros porque somos insoportables sino niños pequeños que no contestan y dice que lamenta las cosas que hizo en esta clase...*” (2006, p.178-179). Se ha dicho popularmente que la labor del maestro está llena de pequeñas cosechas, es obvio que McCourt sintió la alegría de que por lo menos alguien se diera cuenta del gran esfuerzo que como maestro estaba haciendo por enseñarles a esas chicas negras, algo sobre la literatura y la vida.

Con diez años de carrera docente y 38 de edad, McCourt reflexiona sobre su trabajo como profesor: “...*Estás haciéndolo lo mejor posible*” (2006, p.181). A menudo piensa que debería ser un profesor duro, que blande vara o correa; pero reconoce que no ve una clase como una unidad que se sienta y lo escucha, pues aunque hay caras interesadas, son justamente las desinteresadas las que lo provocan. Frank aprende de la cotidianidad escolar, como aquello de no amenazar salvo que puedas sostenerlo. Se enfrenta con “*la peste que fue puesta en cada clase para provocarte como profesor*” y aprende de sus estudiantes.

Motivado por su mujer decidió realizar un doctorado en Trinity College en Dublín. Y como según su esposa también debía resolver algunos problemas de carácter personal, asistió a una terapia psicoanalítica. Abandonó su grupo terapéutico mientras le confesaba a los otros miembros que se quejaban por su silencio, que se acostó con una prostituta por cuatro marcos. Como decidió no regresar al grupo, su esposa le pidió el divorcio. Después de vagar por las calles de Dublín y Trinity College, regresa a Nueva York como fracasado aspirante al diplomado de Doctorado. Se convirtió entonces en profesor suplente itinerante e iba de escuela en escuela. No tenía autoridad en el aula, sus estudiantes no le prestaban atención. La regla era conocida por todos: “*Cuando veas un profesor suplente, corre amigo, corre*” (2006, p. 217). De modo que a sus clases sólo venían algunos estudiantes que de seguro estaban amenazados por sus padres.

En este punto de *El profesor* comienza la tercera y última parte denominada “Reviviendo en el aula 205”. McCourt regresa de Dublín e ingresa al departamento de inglés de la Escuela Secundaria Stuyvesant, considerada como la mejor de la ciudad. Su jefe, el señor Roger Goodman decía que era importante enseñar análisis sintáctico, a lo que Frank simpáticamente respondía “¡Oh!”, porque creía no saber nada sobre el tema. Fue la primera vez en que se sintió cómodo dentro del aula, porque podía enseñar lo que quisiera. Era probable, que al pedirles a sus estudiantes que escribieran trescientas cincuenta

palabras, aparecieran con quinientas y si eso se multiplicaba por cinco cursos, obtenía más de catorce horas de trabajo adicional en casa. Este cálculo matemático que hace McCourt se interpreta como el trabajo dispendioso que debe cumplir como profesor de literatura.

Para su tercer año en Stuyvesant lo invitan a ser el nuevo profesor de escritura creativa y dice: “No sé nada de escritura ni de cómo enseñarla. Roger me dice que no me preocupe. El país está lleno de profesores que enseñan a escribir y la mayoría jamás ha publicado una palabra” (2006, p. 229).

Surgen en el libro una serie de bromas y comentarios irónicos que McCourt, dentro de su estilo, usa para hablar sobre las cosas de la vida y su trabajo pedagógico; por ejemplo cuando propone la lectura de *Retrato de un artista adolescente* de Rilke y descubre que sus alumnos desconocen los siete pecados capitales. ¿Cómo hacen para divertirse? les pregunta; ¿Qué tiene que ver esto con la escritura creativa? responde uno de ellos; a lo que Frank agrega: “—Todo. No hace falta ser pobre, católico e irlandés para ser infeliz, pero sí te da un tema para escribir y excusa para beber. Un momento. Retiro lo último. Tachen la parte de la bebida” (2006, p. 235). Hemos visto cómo a lo largo de *El profesor*, McCourt nos muestra que cualquier tema puede ser pretexto (en el sentido literal del término) para proponer escritura y generar discusiones de clase.

Los cursos de escritura creativa eran optativos y para McCourt resultaba sospechoso que tantos jóvenes quisieran ir a ellos. Pensaba que era blando para calificar, señalaba que los adolescentes no siempre quieren estar flotando en la especulación, les satisface conocer datos exactos como las capitales. Danos la respuesta sobre por qué Hamlet era malo con su madre, dilo antes de que suene el timbre. El siguiente fragmento resume sus pensamientos: “Yo quería enseñar con la pasión de Fisher y la maestría de Marcantonio. Era halagador que cientos de alumnos quisieran venir a mi clase, pero me preguntaba cuál era el motivo. No quería que me pasaran por encima. Ay, la clase de McCourt

era una estupidez. Lo único que hacemos es hablar. Todo el día bla, bla, bla. Si no tienes una A en esa materia, viejo, eres directamente idiota” (2006, p. 241).

Después de quince años de trabajo en las escuelas secundarias, McCourt puede admitir que no sabe una respuesta; también reconoce que sus alumnos nunca dejaron de intentar distraerlo de la enseñanza del inglés tradicional, pero él ya conocía sus trucos. Aún contaba sus historias, pero lograba articularlas con la literatura tradicional. Este fragmento abrevia su bienestar: “Encontraba por fin mi propia voz y mi propio estilo de enseñanza. Estaba aprendiendo a sentirme cómodo en el aula...me daba rienda suelta para probar ideas sobre escritura y literatura, para crear mi propia atmósfera en clase, para hacer lo que quisiera sin interferencia burocrática, y mis alumnos eran lo suficientemente tolerantes y maduros como para dejar que buscara mi camino sin ayuda de la máscara o el bolígrafo rojo” (2006, p. 244).

Desde aquí en adelante el texto es más detallado en la descripción de las clases de McCourt. Muchas de las actividades nos dan una idea de cómo, este profesor de inglés con acento irlandés, logró atrapar a cientos de jovencitos que, aún sin saberlo, terminaron estudiando gramática, lectura, vocabulario, sintaxis y demás formalidades de la lengua; con los pretextos agitadores de su profesor, que sin tener muy claro el camino, lo fue descubriendo.

En clase un estudiante ofrece a sus compañeros los mazapanes que él mismo ha hecho. Y mientras los reparte espontáneamente, todos prometen llevar algo para compartir al siguiente día. Sin saber a ciencia cierta de qué sirve la actividad, todos van a la plaza y es como un picnic o feria enorme en donde hasta un médico del hospital y los policías del sector, terminan probando los platos judíos, italianos, chinos, coreanos, que tanto estudiantes como padres han preparado. Para McCourt es claro que se trata de una clase de vocabulario y para continuar con la actividad, aunque desconoce el motivo, les pide que lleven para al día siguiente libros de recetas.

Ábranlo en su receta favorita o en una página cualquiera. Lee tu receta, le pide a uno de sus estudiantes. Éste le responde que nunca ha leído una, pues no ha cocinado ni un huevo. Frank interviene: “Hoy tu paladar cobrará vida. Hoy se expandirá tu vocabulario. Hoy te convertirás en un gourmet” (2006, p.247). Comienzan a levantarse las manos preguntando y respondiendo qué es un gourmet, de igual forma leyendo las recetas. Obviamente surgen los estudiantes disgustados con la temática, argumentando que son tratados como retardados; mientras los otros, les piden que se cambien de curso y vayan a leer *Mody Dick* si son tan duros. Pese al caos una chica agrega: “Ya sé por qué quiere que leamos estas recetas en voz alta... Porque en la hoja parecen poesía y algunas de ellas suenan como poesía. Es decir, son todavía mejores que un poema porque se les puede saborear...” (2006, p. 249). Al comentario se le unen otros y la sugerencia de Michael que dice que tiene una flauta y que si alguien quisiera cantar una receta, él podría acompañarlo. Frank tiene miedo de que los directivos se aparezcan en ese momento y le envíen un memorando, pero ya poco puede hacer porque los chicos están entusiasmados. Al día siguiente llevan sus instrumentos. McCourt habla de ese momento como histórico y trata de inyectar un poco de enseñanza: “Si son escritores observadores —digo— podrán reconocer la importancia de este evento, por primera vez en la historia se leerá una receta china con música de fondo. Tienen que estar atentos a los momentos históricos. El escritor siempre se está diciendo: ¿qué pasa aquí?” (2006, p. 254).

Y efectivamente se trataba de un momento histórico en la enseñanza y de paso en el método McCourt. Aunque muchos no lo aprueben, podría pensarse que efectivamente se trataba de una clase de vocabulario, lectura, entonación, acento, texto instructivo, en fin, y pese a que los estudiantes no lo reconocieran como una actividad propia del análisis del discurso o de la lengua, aprendían y la pasaban bien. Es así como guitarras, oboes, flautas, armónicas y bongoes fueron entrando en calor mientras los lectores ensayaban las recetas como si se tratara

de todo un conservatorio. Pero Frank seguía preocupado porque estos chicos ingresarían en las mejores universidades del país y temía que perdieran su tiempo con libros de recetas y salidas a la plaza. Pensaría en los estudios serios, la concentración.

—Señor McCourt, ¿por qué no deberíamos leer recetas? ¿Acaso una receta de pan de carne no es tan importante como esos poemas que no entiende nadie? ¿No es así? Se puede vivir sin poesía, pero no se puede vivir sin comida. Trato de equiparar a Walt Whitman y Robert Frost con el pan de carne y las recetas en general, pero caigo en un barboteo (2006, p. 257).

La culpa lo lleva de nuevo a la poesía, entonces les recita “*Mamá Oca*”; sus estudiantes creen que es una broma, pues están en la secundaria. Aún así se genera una discusión en clase, igual que con “*Hansel y K Gretel*”, historia de la que todos parecían tener una opinión, porque les recordaba algo sobre su infancia, sus hogares o sus madrastras.

En una de sus clases leyó el poema “*Vals de papá*”; David hizo la siguiente anotación, que bien puede simplificar la opinión de muchos alumnos de la secundaria:

Pero esto es un poema y tú sabes lo que hacen los profesores de inglés con los poemas. Analizar, analizar, analizar. Hurgar el sentido profundo. Eso es lo que me puso en contra de la poesía. Alguien tendría que cavar una tumba y enterrar el sentido profundo”. Agrega: “pero nosotros debemos tener cuidado. Si dices algo negativo sobre cualquier cosa, los profesores de inglés se lo toman como algo personal y se enojan. Mi hermana se metió en un lío con un profesor de Cornell por cómo interpretó uno de los sonetos de Shakespeare (2006, p. 266).

Es probable que muchos chicos se alejen de la poesía porque no pueden con el análisis del sentido profundo, o creen que no acertarán en lo que piensa el profesor. Para McCourt parece que éste no es el problema, pues se deduce que su idea de la lectura poética es desprevenida y no siempre genera pensamientos; les dice: “*No es necesario que*

reaccionen a todos los estímulos. Si Vals de papá les es indiferente, les es indiferente” (2006, p. 266).

Cada vez que la clase decaía, McCourt recurría al interrogatorio sobre la cena. Se pregunta si es esto válido como actividad educativa y responde que sí lo es, porque en una clase de escritura todo puede servir. La comida es punto importante de la cultura. Frank pide a sus alumnos que lleven el *New York Times* para leer las reseñas de restaurantes que escribe Mimi Sheraton. Discuten sobre la estructura de los párrafos y cómo la señora Sheraton habla del ambiente de los restaurantes. Aunque quiere concentrarse en la reseña y el uso del lenguaje y los detalles, a ellos parece interesarles más la vida de Mimi. Sugiere la escritura de una reseña sobre el restaurante del colegio, que a ellos les resulta sombrío y ascoso.

McCourt lidiaba cotidianamente con los estudiantes que no se sentaban en la silla o no llevaban papel y lápiz al curso de escritura creativa, los mismos que creían tener una filosofía de vida que no encajaba con la de la escuela o el profesor. Algunos “espontáneos” confesaban que no habían tocado el libro de lectura. Frank debía comprender también el corazón roto de un padre rabino que no quería que su hijo fuera granjero ni cultivara maíz o criara cerdos. Las historias de muchos de sus alumnos enriquecen el texto, porque al parecer es inevitable que los profesores, particularmente los de secundaria, conozcan datos de la vida de sus estudiantes y sus familias; es dicho popular que el maestro termina siendo psicólogo, consejero, panadero, sacerdote, enfermero, carpintero, entre otros oficios.

McCourt nos cuenta cómo algunas cartas y notas de sus estudiantes, al igual que encuentros fortuitos con ellos muchos años después del colegio, le llenan los ojos de lágrimas al registrar que lo recordaban por la originalidad de sus clases. Admite que por fin, después de tantos años de enseñanza ya se quitó la máscara y puede respirar. Los chicos se están abriendo a la escritura; McCourt les dice que en cada momento de su vida están escribiendo, cuando van por el pasillo, cuando saludan

al director y también cuando se enamoran de una chica. Este párrafo extracta muy bien su idea sobre la escritura creativa:

Soñar, desear, planear: todo es escritura, pero la diferencia entre ustedes y el hombre común es que ustedes le prestan atención, amigos, lo van acomodando en sus cabezas, comprendiendo el significado de lo insignificante, pasándolo al papel. Pueden estar al borde del amor o del dolor pero son despiadados en la observación. Ustedes son su material. Son escritores y una cosa es segura: pase lo que pase, el sábado por la noche o cualquier otra noche, nunca volverán a aburrirse. Nunca. Nada de lo humano les es ajeno. (2006, p. 292).

Y para finalizar, con su humor característico, les pide que contengan el aplauso y entreguen la tarea.

Los estudiantes creen que sólo puede escribir quien como él ha tenido una infancia trágica; Frankie les aclara que todos poseen los ingredientes necesarios para componer una novela centrada en la propia vida. A su oficina llegan cartas de queja de padres que protestan por alguna frase que McCourt ha dicho en clase pero, equivocado o no, no cambia su estilo de enseñanza. Cuando finaliza el semestre los chicos le preguntan cómo los evaluará, pues no hay selección múltiple, ni los exámenes habituales, verdadero o falso o llenar los espacios en blanco. Frank les pide que se evalúen ellos mismos como en un “examen de conciencia”. Algunos se divierten recordando cómo aprendieron a leer recetas de cocina como si fueran poesías o a discutir la rima de *La pastorcita* como si se tratara de un verso de T.S Eliot.

Los más *serios* no quedaron satisfechos y argumentaron que en otros cursos el profesor les dice qué es lo que se supone que deben saber. McCourt insiste en que si pensaban en lo que se discutía en clase, si participaban, si leían, si comentaban el trabajo de sus compañeros y si podían reflexionar sobre esa experiencia y preguntarse qué aprendieron, entonces pueden darse el debido reconocimiento. Este párrafo podrá ilustrarnos sobre su método pedagógico:

Es aquí donde el profesor se pone serio y hace la gran pregunta: ¿Qué es la educación, en todo caso? ¿Qué es lo que hacemos en esta escuela? Ustedes podrán decir que tratan de graduarse, para así poder ir a la universidad y prepararse para una carrera. Pero, queridos alumnos, es más que eso. Yo he tenido que preguntarme qué demonios estoy haciendo en el aula. He desarrollado una ecuación. Del lado izquierdo del pizarrón pongo una M mayúscula, del lado derecho una L mayúscula. Trazo una flecha de izquierda a derecha, del MIEDO A LA LIBERTAD. No creo que nadie logre completa libertad, pero lo que trato de hacer con ustedes es empujar el miedo hacia un rincón. (2006, p. 300-301).

El tiempo de la enseñanza se termina, hay días en que no quiere ver a los chicos, otros, en cambio, espera impaciente para que la profesora anterior los deje libres porque tiene mucho que decirles. Una joven profesora, nueva en el colegio, le pide consejo, McCourt le dice *“Busca lo que amas y hazlo”* (2006, p.304). En uno de los párrafos finales que resulta muy dramático, admite que no siempre le gustó enseñar, que a veces no se sentía en su ambiente, que los chicos son como bombas de tiempo, que el trabajo como profesor puede dejarte fuera de combate, que se aprenden trucos, que tienes que gustarles, que sabrás cuando les llegaste, que no esperes ayuda de los que han escapado del aula, los superiores; porque sólo *“Eres tú y los chicos”* (2006, p. 304).

En las últimas páginas de *El profesor* aparece la triste historia de Guy, un joven que ha quedado en silla de ruedas con un parche en el ojo después de un inocente juego a los espadachines en un piso del colegio. En clase Rachel, jovencita de vida perfecta, no encuentra sobre qué escribir, Guy le dice que ojalá tuviera sus problemas. En medio de esta última y dramática clase, le dicen adiós a McCourt, el profesor de escritura creativa que nunca escribió ni publicó nada. Lo despiden con motas de papel de colores y alguien grita: *“—Oiga, señor McCourt, usted tendría que escribir un libro”* (2006, p. 306), a lo que Frank responde: *“Lo intentaré”* (2006, p. 307).

Con gran sensibilidad e inteligente sentido del humor, McCourt llega a las venas del lector; se diría que fundamentalmente, a aquél que también ha tratado de buscarse un espacio dentro del aula de clases y más particularmente, al que enseña a través de su pasión por la lengua y la literatura, dos áreas ricas en matices, pero que al igual que todas las asignaturas de la vida escolar, requiere no solamente de pasión y compromiso, sino del descubrimiento de un método que le permita al docente ser efectivo a la hora de enseñar, sin dejar de ser él mismo. *El profesor* es un libro ampliamente difundido que, como memorias, puede resultar divertido; como autobiografía, interesante; como modelo de identificación, doloroso y risueño; y como pretexto de lectura, fascinante.



Referencias

Mccourt, Frank (2006). *El profesor*. Bogotá: Editorial Norma.